

II



Al entrar en la habitación de la princesa, cobró Saint-Julien aquella serenidad de espíritu que alcanzamos cuando las circunstancias acosan á nuestra timidez hasta en sus últimas trincheras. Apretó la hebilla de su cinturón, quitóse la gorra, pasóse la mano por el pelo y entró firmemente resuelto á sentarse con blus de cutí ruso á la mesa de madama Cavalcanti, bien fuese

princesa ó comedianta.

Paseábase á la sazón por el cuarto, departiendo con sus compañeros de viaje: apenas hubo visto á Saint-Julien, dió dos pasos hacia él y le dijo:

—¡Por cierto, amigo mío, que se ha hecho usted bien de rogar! ¿Teme usted comprometer su genealogía sentándose á nuestra mesa? No hay nobleza que no haya tenido un principio como todas las cosas, y aun la de usted...

—La mía, señora—respondió Saint-Julien interrumpiéndola sin más miramiento—data del año mil ciento siete.

La princesa no tenía la menor sospecha de las desconfianzas de Saint-Julien y soltó una gran carcajada; la traviesa Ginetta, que andaba recogiendo algunos trebejos de su señora, no pudo menos de hacer otro tanto, y el abate, viendo que

la princesa se reía, se echó también á reír sin saber de lo que se trataba.

El único personaje que no tomó parte en aquella algazara fué un oficial alto y fornido, en uniforme de capricho, verde manzana, todo recamado de oro sobre el pecho, tieso y espetado como una bailarina, con bigotes que le llegaban hasta las sienas, con más espuelas que un gallo inglés. Saltábasele de las órbitas sus ojos de halcón, viendo la cachaza de Saint-Julien y el buen humor de la princesa; pero Saint-Julien se fiaba tan poco de todo lo que veía, que creyó sorprender al vuelo entre ellos algunas miradas de inteligencia.

—Ea, sentémonos á la mesa—dijo la princesa, viendo humear la sopa;—saciado el primer apetito, suplicaremos al señor que nos refiera las hazañas y timbres de sus antecesores. Ciertamente es cosa fatal para nosotros soberanos legítimos, que no piensen como éste todos los franceses, pues no nos vendría de allende los Alpes tanta *aria cattiva* (1) para la salud de nuestras aristocracias.

Púsose Saint-Julien á engullir con notable desparpajo, y á mirar con una aparente libertad de espíritu á las personas que le rodeaban.

—Si en efecto estoy sentado á la mesa de una princesa serenísima—dijo para su colete—no es tan grande el honor como yo creía, porque ahí están todos esos galafates á quienes ha tratado como á lacayos durante todo el día, y que van ni más ni menos que yo á participar de su cena.

Acostumbraba, en efecto, la princesa sentar á su mesa, cuando iba de viaje, á sus principales servidores; al abate, que era su secretario, á la lectora, silenciosa dueña que trinchaba con perfección, al mayordomo mayor de su casa, y aun á la Ginetta, su favorita; otros dos criados de menor escala servían á la mesa, y otros dos ayudaban al posadero á subir la cena.—Por lo menos es la querida de un príncipe—dijo entre sí Saint-Julien;—bien lo merece por su hermosura.—Y de nuevo fijó en ella los ojos, aunque esta suposición la quitó gran parte de su prestigio.

(1) Llámense así unos aires fatales, sobre todo para los forasteros, que soplan en Roma generalmente en los grandes calores del medio día. (N. del T.)

Admirablemente hermosa estaba al resplandor de las bujías; su cutis, algo bilioso á la luz del día, tenía de noche una blancura ideal. Á medida que iba llegando la cena á su fin, adquirían sus ojos un brillo deslumbrador, sus palabras eran más profundas, más incisivas, su conversación estaba más llena de chispa y talento; pero á excepción de la Ginetta que, en su calidad de niña mimada, siempre tenía algo que decir, y remedaba con bastante gracia el tono y ademanes de su señora, todos los demás convidados callaban como muertos. La lectora y el abate aprobaban con miradas y sonrisas todas sus opiniones, y no osaban desplegar sus labios; el caballero mayor parecía unir á una muy desapacible disposición accidental, una nulidad de inteligencia reducida al estado crónico. Bien se conocía que la princesa estaba de buen humor de conversar; pero hacía vanos esfuerzos para sacar ni una sola palabra de aquel maniquí bordado en todas las costuras. Saint-Julien no dejaba de sentirse con fuerzas para hablar con ella, pero no se atrevía; tomó, en fin, una resolución, y arrojando aquella mirada curiosamente glacial que todos dejan caer, en semejantes casos, sobre el que aún no ha hablado, empezó por una franca y atrevida contradicción á un aforismo burlón de madama Cavalcanti. Sin reparar en que disgustaba altamente al caballero, que no entendía muy bien el francés, se expresó en esta lengua; la princesa, que la entendía perfectamente, le respondió en la misma, y por espacio de un cuarto de hora toda la asamblea escuchó su diálogo en un religioso silencio.

Á los veinte años, pronto se pasa del desprecio al entusiasmo; hay tal propensión á augurar bien de los hombres, que á la menor apariencia de saber ó de virtud se cree deberles una reparación inmensa, exagerada. Á punto estaba Saint-Julien de caer en este extremo, aunque aún había momentos en que venía á turbar su mente la idea de una moji-ganga hábilmente dispuesta; tentaciones le daban de tomar á toda aquella corte italiana por una compañía de cómicos de la legua.— La prima donna, se decía, hace el papel de esa princesa de retumbante apellido; el edecán no es más que un tenor sin voz y sin expresión; ese mayordomo sordo y mudo está sin duda acostumbrado á hacer el papel de la estatua del Comendador, la Ginetta es una verdadera Zerlina, y en cuan-

to á ese abate estúpido, será seguramente algún banquero judío que la prima donna trae al retortero y que sostiene á toda la compañía.

Acabada la cena, la princesa dirigiéndose á su caballero mayor, le dijo en italiano:

—Lucioli, id de mi parte á visitar á mi amigo el mariscal de campo *** que reside en este pueblo, y decidle que la prisa y el cansancio me han impedido convidarle á cenar, pero que vais á hacerle presentes mis finos recuerdos. Id.

Lucioli, aunque algo mohíno en vista de una comisión que podía muy bien no ser más que un pretexto para perderle de vista, no se atrevió á resistir y salió.

Inmediatamente después, preguntó el abate á Su Alteza si tenía algo que mandarle, y oída su respuesta negativa, salió de la estancia.

Saint-Julien, no sabiendo qué pensar, iba á retirarse también, pero ella le detuvo diciéndole que le había gustado su conversación y que quería disfrutarla por más tiempo.

Tembló Saint-Julien de pies á cabeza. Un sentimiento de repugnancia, que casi rayaba en horror, era lo único que podía inspirarle una mujer de augusta cuna entregada al libertinaje: semejante mujer le parecía tanto más odiosa cuanto era más temible, rodeada de mil medios de seducción y el alma llena de perversidad y destreza. Miró pues de hito en hito á la princesa y se quedó en pie junto á la puerta en una actitud altanera y fría.

La princesa Cavalcanti no reparó en ello al parecer; hizo una seña á la Ginetta y dió un libro á la lectora: un momento después salió la doncella con un tocador portátil de laca del Japón que colocó sobre una mesa. Sacó de un saquillo de terciopelo bordado una enorme peineta de concha incrustada de oro, y soltando la trencilla de seda que sujetaba los cabellos de su señora, empezó á peinarla, pero lentamente y con cierta voluptuosa languidez que parecía no tener otro objeto que el de ostentar á los ojos de Saint-Julien el lujo de aquella espléndida cabellera.

Á decir verdad, no había tal vez otra más hermosa en toda Europa. Era negra como el ala del cuervo, lisa, igual y tan reluciente sobre las sienes que hubiera podido pasar por un brillante raso; tan larga y tan espesa, que caía hasta el suelo

y la cubría como un manto. Jamás había visto Saint-Julien otra semejante sino en sus fantásticos sueños juveniles. El peine dorado de la Ginetta centelleaba como un relámpago en aquel río de ébano, ya haciendo revolotear sutiles trenzas sobre los hombros de la princesa, ya dejando caer sobre su pecho grandes mechones, como bandas de azabache; y luego, reuniendo todo aquel tesoro bajo su inmensa peineta, hacía la rielar con mil reflejos como un torrente de tinta.

Con su túnica de damasco amarillo, bordada en derredor de lana carmesí, su falda y su pantalón de muselina blanca, su cinturón de trenza de seda que le ceñía por cima de las caderas bajando hasta las rodillas; con sus babuchas bordadas, sus anchas mangas bobas y su flotante melena, la opulenta Quintilia parecía una princesa romana. Lais, Haidé, no hubieran sido nombres demasiado poéticos para aquella belleza griega del tipo más puro.

Durante aquella ostentación de refinada coquetería, estaba leyendo la dueña sin que pareciese que la escuchaba la princesa, ocupada como estaba en quitarse y ponerse sus sortijas, en limpiarse las uñas con una pasta perfumada y enjuagarlas con una batista guarnecida de encaje.

No podía mirarla Saint-Julien sin una involuntaria admiración; para conjurar á la bella encantadora, hubiera querido escuchar la lectura; pero era un libro alemán que no entendía.

—Fanciulo—le dijo la princesa sin levantar los ojos hacia él,—¿entiendes tú eso?

—Ni una palabra, señora.

—Mistress White—dijo en inglés á la lectora,—leed el texto latino que está al lado. ¿Supongo, señor caballero—añadió mirando á Saint-Julien,—que habrá usted hecho sus estudios de humanidades?

Respondió Luis inclinando la cabeza; la lectora dió principio al texto latino.

Era aquella una obra de metafísica alemana, la más á propósito del mundo para marear á cualquiera.

Interrumpía la princesa de vez en cuando la lectura, y sin suspender por eso la prolija limpieza de sus manos, contradecía y refutaba la lógica del libro con una superioridad tan varonil, con una inteligencia tan penetrante; echaba unas

ojeadas tan exactas, tan profundas sobre las sutilezas de aquel misterioso análisis, que no sabía en verdad Saint-Julien á qué atenerse. Instado por ella á dar su opinión sobre las hondas cavilaciones del ascético alemán, sacó á relucir su escasa ciencia, mas pronto conoció cuán poca cosa era esta en comparación de la de madama de Cavalcanti. Criticóle ella con templanza, rebatió sus argumentos con suma dulzura, y acabó por escucharle con más atención, cuando, abandonando la controversia ergotista, se fió más en las naturales luces de su razón y en las inspiraciones de su conciencia. Quintilia, viéndole en buen camino, le escuchaba con gusto é insensiblemente fué entregándose el joven á aquel placer intelectual que siente el ánimo en darse cuenta clara á sí mismo de las ideas que examina.

Poco á poco fué dejando el lejano rincón y la actitud confusa en que había estado hasta entonces por cortedad. Hallábase en su más brillante período, cuando echó de ver que estaba apoyado en el tocador de madama Cavalcanti, frente por frente de ella y bajo el fuego inmediato de sus rasgados ojos negros. Había dejado ya sus cepillos de uñas y echado á un lado el peine de la Ginetta; de pies á cabeza embozada en su larga cabellera, había cruzado su pierna derecha sobre la rodilla izquierda y ambas manos en torno de su rodilla derecha: en aquella graciosa actitud oriental, mirábale con una sonrisa angélica mezclada á una cierta contracción de las cejas que revelaba un serio interés.

Aterrado del peligro que corría, detúvose Saint-Julien todo cortado en mitad de una frase, pero en vano quiso dar una expresión adusta á su mirada; de ella brotó á pesar suyo una llama amorosa y casta que hizo sonreír á la princesa.

—Basta por hoy—dijo á su lectora;—mistress White, podéis retiraros.

Luis estaba en brasas; la cabeza se le iba, veía con terror acercarse el momento decisivo, pensando en el ridículo papel que iba á hacer repeliendo los favores de tan hermosa dama; mas con todo jurábase á sí mismo que no serviría jamás de juguete á los infames placeres de una mujer, aun cuando llegase á ser el más estragado de los hombres.

Dijole entonces de pronto la princesa con amable naturalidad:

—Buenas noches, hijo mío; supongo que tendrás necesidad de descansar y yo también empiezo á tener algún sueño; no es esto decir que me le haya dado tu conversación; al contrario, me ha sido sumamente agradable y desearía prolongar el placer que me ha resultado de este encuentro. Si tus proyectos de viaje se avienen con los míos, te ofrecería un asiento en mi coche... Veamos, ¿adónde vas?

—Lo ignoro, señora; soy un aventurero sin bienes de fortuna y sin asilo; pero por muy miserable que me encuentre, jamás consentiré en ser gravoso á nadie.

—Lo creo—dijo la princesa con bondadosa gravedad;—pero entre dos personas que se aprecian mutuamente, puede haber un cambio recíproco de servicios útil y honroso para entrambos. Tú posees conocimientos que yo necesito; podemos pues sernos útiles uno á otro. Ven á verme mañana temprano y acaso podremos no separarnos tan pronto, después de habernos entendido tan bien.

Al acabar estas palabras, le dió la mano y se la apretó con la honrada familiaridad de un amigo. Mientras bajaba la escalera, oyó Saint-Julien correr los cerrojos de su estancia.

—Pues señor—dijo,—convengo en que he sido un loco y necio; madama de Cavalcanti es la más hermosa, la más noble y la mejor de las mujeres.



III



Ucho trabajo costó á Saint-Julien conciliar el sueño. Todo aquel día se presentaba á su memoria como un capítulo de novela, y cuando despertó á la mañana siguiente, apenas podía creer que no había soñado todo aquello. Impaciente por ir á ver á la princesa que debía ponerse en camino muy de madrugada, vistióse á

toda prisa y pasó á su cuarto, rebotándole del pecho la alegría y aligerado de ánimo de las injustas dudas de la vispera: halló en efecto á madama Cavalcanti dispuesta á partir. Ginetta la preparaba el chocolate, mientras hojeaba ella un folleto sobre economía política.

—Hijo mío—dijo á Saint-Julien—he pensado en vos; sé á qué punto habéis llegado en vuestros estudios, y no raya éste en exceso de más ni de menos. ¿Habéis estudiado en particular alguna cosa de que no hayamos hablado anoche?

—No señora. Vuestra Alteza me probó ayer que sabe mucho más que yo en todo, razón por la cual no alcanzo en qué pueda yo serla útil.

—Sois precisamente el hombre que yo buscaba. Ahora trato de reducir el número de las personas que me rodean y de

buscarlas más escogidas; pienso reunir en uno solo los empleos de mi lectora y mi secretario; á ella la caso ventajosamente con un hombre de quien necesito reirme un poco, y el otro es un majadero de quien haré un excelente canónigo con mil escudos de renta. Ambos quedarán contentos y vos los reemplazaréis á mi lado; reuniréis los sueldos de que disfrutabais, mil escudos por una parte y cuatro mil francos por otra, amén del aposento, mesa, etc.

Esta oferta, deslumbradora para un hombre sin recursos como Saint-Julien á la sazón, le dió no poco en que recapacitar.

—Dispensad mi franqueza, señora—dijo después de un momento de indecisión;—pero tengo orgullo y soy el único vástago de una noble familia; no tendría á menos ciertamente trabajar para vivir, pero temería, aceptando los beneficios de un príncipe, aceptar también una librea.

—Aquí no se trata de librea ni de beneficios—dijo la princesa;—los empleos que os confiero os colocan en mi intimidad.

—Seguramente no me merezco tanto favor, señora—repuso el joven algo turbado;—pero—añadió bajando la voz—la señorita Ginetta goza también de la intimidad de Vuestra Alteza.

—Comprendo—respondió;—teméis ser mi lacayo.... tranquilizaos, señor conde, yo aprecio las almas nobles y nunca las ultrajo. Si me habéis visto tratar como esclavo al pobre abate Scipione, culpa es de su bajeza, no de mi altanería. Probad cómo os va con mi proposición; si no os fiáis en mi delicadeza, el día en que deje de trataros con el decoro debido, ¿no seréis dueño de dejarme?

—Nada más me queda que hacer, señora—respondió Saint-Julien arrebatado—que poner á los pies de vuestra Alteza mi celo y mi gratitud.

—Y yo los acepto con amistad—repuso Quintilia, abriendo un gran libro forrado de tafete con manecillas de oro;—tened la bondad de escribir vos mismo en esa hoja nuestras estipulaciones, con vuestro nombre, vuestra edad y el lugar de vuestro nacimiento. Yo pondré mi firma al pie.

Luego que la princesa hubo firmado aquella hoja y una copia que Saint-Julien se guardó en su cartera, hizo llamar á

toda su servidumbre, desde el ayudante de campo hasta el jockey, y mientras tomaba su chocolate, les dijo con lentitud y tono absoluto:

—El señor abate Scipione y mistress White dejan de pertenecer á mi casa; el señor conde de Saint-Julien es quien los reemplaza. White y Scipione no dejan por eso de ser mis amigos y saben que no hay en esto desgracia para ellos, sino recompensa. Presento á todos al señor de Saint-Julien; quiero que sea tratado con respeto y que no se le llame más que el señor conde. Que todos mis servidores continúen siéndome fieles y sumisos; bien saben que no los desatenderé en su ancianidad. No hay que sacar los pañuelos y andar en lloriqueos de ternura; sé que me profesáis un sincero cariño. Os saludo; despejad.

Sacó su reloj del pecho, y dijo:

—Dentro de media hora nos pondremos en camino.

Saludó el auditorio y desapareció guardando profundo silencio.

No hallaron las órdenes de la princesa la más remota apariencia de desaprobación, ni aun de asombro en todos aquellos semblantes prosternados. El ejercicio fuerte de una autoridad absoluta tiene un carácter de grandiosidad, á cuyo prestigio no es fácil sustraerse aun cuando se encierra en estrechos límites. Saint-Julien se admiró de sentir instalarse, por decirlo así, el respeto en su alma sin repugnancia y sin esfuerzo.

Volvió á su cuarto á tomar algunos efectos, y ya iba bajando la escalera con su pequeño ajuar de camino debajo del brazo, cuando se llegó á él aquel viajero pálido que tan extraña curiosidad le había manifestado el día anterior, y le saludó dirigiéndole mil obsequiosos perdones por su impertinente equivocación. De buena gana hubiera querido Saint-Julien evitarlo, pero no fué posible; tuvo pues que entrar en conversación con él, esperando salir adelante de aquel paso con cuatro frases de atención, pero ¡vana esperanza! El viajero pálido, asiéndole del brazo, le dijo en el tono patético y solemne de un hombre que convida á otro á su entierro, que tenía que decirle una cosa de la mayor importancia, que pedirle un servicio inmenso. Saint-Julien que, á pesar de sus continuas desconfianzas, era bueno y servicial, se resignó á escuchar los secretos del viajero pálido.

—Caballero—le dijo éste—tómeme usted por un loco, sea en enhorabuena, pero en nombre del cielo, no me tome usted por un insolente y responda á la pregunta que le hice anoche. ¿Quién es esa princesa Quintilia Cavalcanti?

—Le juro á usted, caballero, que no la conozco—respondió Saint-Julien—y en prueba de ello, voy á decirle á usted de qué modo he hecho conocimiento con ella.

Luego que hubo terminado su relación, que el viajero escuchó con sus cinco sentidos, exclamó éste:

—Todo eso es novelesco y raro, y me confirma en la opinión en que estoy, de que esa mujer singular es mi bella desconocida del baile de la ópera.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó Saint-Julien, mirándole con ojos asombrados.

—Una vez que usted ha tenido la bondad de contarme su aventura—replicó el viajero—voy yo á contarle la mía. Estaba yo, hace tres semanas, en el baile de la Ópera en París; vino á embromarme un dominó tan lleno de extravagancia, de gentileza y donaire, que quedé absolutamente prendado; la llevé á un palco donde me dejó ver su rostro, que era él más hermoso y expresivo que he visto en mi vida. Seguila todo el tiempo que duró el baile, aunque después de haberme hecho mil zalamerías, se conocía que procuraba huir de mí; logró en efecto eclipsarse por un momento, pero guiado por aquella penetración que nos da el amor, la encontré al pie de la escalera que se disponía á subir en su carruaje elegante, sin armas ni librea. Supliquéla que me escuchase, y entonces me dijo que era persona de calidad, que tenía que guardar ciertos miramientos y que ponía condiciones á mi felicidad. Juré aceptarlas todas; díjome que la primera sería dejarme vender los ojos; consentí, y apenas estuvimos sentados en el carruaje, me ató un pañuelo sobre los ojos, riéndose como una loca. Cuando se paró el coche, me asió del brazo con mano firme, me hizo apearme y me llevó á tan buen paso, que más de cuatro veces estuve á punto de dar de narices en el suelo; dióme en fin un empujón y caí despavorido sobre un excelente sofá: al mismo tiempo me quitó la venda y me hallé en un precioso gabinete donde todo anunciaba una ilustre afición á las artes y un gusto exquisito. Dejéme examinarlo todo con curiosidad, y por el examen de sus libros vine en conocimiento de

que debía ser persona muy sabia, entendida en el griego, el latín y el francés. Era italiana y se conocía por la nobleza de



sus modales y la elegancia de su conversación que debía ser persona muy principal. Confieso con toda franqueza que me faltó poco para enloquecer de orgullo y de contento, y que

luego quedé deslumbrado y abatido considerando la distancia que mediaba, bajo todos aspectos, entre aquella mujer y yo: cuanto fueron grandes mi confianza y fatuidad durante el baile, lo fueron también mi humildad y timidez cuando me convencí de que no me las había con una intrigante, sino con una persona de circunstancias y de un talento superior. Agradóle sin duda mi timidez, porque desde entonces empezó á mostrarse festiva, y aun cariñosa...

Saint-Julien se sonrojó, y el viajero, habiéndolo advertido, le dijo con aire más grave y rostro más pálido aún de lo acostumbrado:

—Acaso le pareceré á usted por demás presumido y jactancioso, y sin embargo lo que le estoy á usted diciendo en confianza es la extricta verdad. No creo tener trazas de fanfarrón ni de chancero.

—No, seguramente—respondió Luís.—Prosiga usted.

—Era una mujer muy singular, grave, discreta, burlona, altiva, insolente, y... ¿por qué no he decirlo? algo descarada. Después de haberme impuesto silencio con autoridad por una palabra algo atrevida, dijo las cosas más cómicas y menos castas del mundo.

—¡Es posible!—exclamó el joven con indignación.

—Sí señor—prosiguió el viajero.—Y con todo, á pesar de aquellas extravagancias, me enamoré perdidamente de ella, no con aquel amor ideal y puro de la primera juventud, sino con un amor inquieto, abrasador como un deseo. En fin, caballero, aquella noche fuí el más feliz de los hombres, y solicité con delirio el favor de verla al día siguiente, favor que ella me prometió á condición de que no procuraría averiguar su nombre ni su casa: juré, en efecto, respetar su voluntad. De nuevo me vendó los ojos, me sacó de la estancia y me hizo entrar en el coche, del que tuve que apearme al cabo de media hora. Estaba yo aún en el estribo, cuando una mejilla suave y perfumada, que bien reconocí, se rozó con la mía, y al mismo tiempo una voz que no olvidaré en mi vida, me dijo estas palabras al oído: «Hasta mañana.» Me quité la venda; pero me dieron un fuerte empujón, y en un segundo se cerró la portezuela detrás de mí; el coche no tenía faroles, y partió como un relámpago, habiéndome dejado en una de las más intrincadas calles de árboles de los Campos Eliseos. Nada ví,

y pronto dejé de oír el ruido del coche, por más esfuerzos que hice para seguirle. Caía una furiosa nevisca; el suelo estaba cubierto de hielo, sobre el que me escurría á cada paso; tuve pues que tomar el partido de volverme á mi casa.

—¿Y al día siguiente?—respondió Saint-Julien.

—Nunca más volví á ver á mi desconocida, hasta hace un momento, en una de las ventanas que dan sobre el patio de la posada, y es la princesa Quintilia Cavalcanti.

—¿Está usted seguro, caballero?—dijo Luís triste y consternado.

—Otra prueba más tengo—dijo el viajero sacando del bolsillo un reloj muy elegante y abriéndole:—mire usted esa cifra, ¿no es la de Quintilia Cavalcanti, con esta abreviatura *Pra.*, es decir, princesa? ¡Maldita abreviatura, que tanto me ha hecho devanarme los sesos!

—¿Cómo llegó á manos de usted ese reloj?—dijo Saint-Julien.

—Por una rarísima casualidad: yo tenía uno absolutamente idéntico, que dejé sobre la chimenea; al ir luego á cogerle precipitadamente, tomé éste que estaba á su lado, y sólo al cabo de varios días reparé en la cifra grabada por la parte interior.

—Yo no sé si esto es un sueño—dijo Saint-Julien examinando el reloj;—pero juraría que he visto otro muy parecido, hace un momento, en manos de esa mujer.

—¿Un reloj de plata rusa, trabajada en Oriente—dijo el viajero—con incrustaciones de oro esmaltado?

—Creo que sí.

—Pues ábrale usted, amigo mío, ábrale usted, y hallará dentro mi nombre, Carlos de Durtan; hágalo usted, yo se lo pido.

—¿Cómo quiere usted que yo vaya ahora á pedirle su reloj á la princesa? Y además, ¿qué sacaría usted de eso?

—¡Oh! quiero abochornarla como merece; no se hace mofa de ese modo de un hombre de buena fe que se ha sometido á tantas misteriosas precauciones. Es preciso que yo quite la máscara á una infame coqueta, ó bien que me cumpla sus promesas y entonces guardaré eterno silencio sobre su aventura, porque, á decir verdad, amigo mío, aún soy capaz de amarla con todo mi corazón.

—Pues le doy á usted la enhorabuena—dijo Saint-Julien;—yo por mí aborrezco á esa clase de mujeres, y...

—Ya está el coche á la puerta—exclamó el viajero;—voy á guardarla al paso, á decirla mi nombre en alta voz, á aterrarla con una mirada... Pero por favor, caballero, vaya usted antes á decirla que quiero hablarla, que soy Carlos de Durtan; ella sabe muy bien mi nombre, pues me acuerdo que me lo preguntó. Y además, tiene mi reloj...

Llegó, en efecto, el mayordomo de la princesa á llamar á Saint-Julien; obedeció éste y halló al paje, á la dueña y á todos los demás instalados ya en los coches de la comitiva y prontos á echar á andar. No tardó en presentarse la princesa con la Ginetta; ambas llevaban cubierto el rostro con largos velos negros para preservarse del polvo del camino. La princesa se había levantado el suyo, pero cuando vió su coche rodeado de curiosos se lo volvió á bajar con muestras de impaciencia y despecho. Precipitábase en aquel momento el viajero pálido para verla, pero llegó tarde y no la pudo ver.

Entonces, no atreviéndose á dirigir la palabra á aquella mujer cuyas facciones no distinguía bien, cogió del brazo á Saint-Julien y le pidió por lo más sagrado que le dijese su nombre.

Cedió el joven maquinalmente, y dijo á la princesa:

—Señora, aquí está Mr. Carlos de Durtan.

—No tengo el honor de conocerle—respondió la princesa:—¡Ea, señores, despachemos!

Al oír aquel tono absoluto, los criados de la princesa apartaron sin cumplido á los curiosos, y Quintilia entró en su berlina sin que el viajero pálido se atreviese á hablarla. Saint-Julien le vió apretar los puños de rabia y subirse con precipitación sobre un banco para ver mejor.

—¿Quién es ese hombre que nos mira tanto?—dijo con indiferencia la princesa reclinándose muellemente en la tetera de la berlina, cuyo vidrio ocupaban Saint-Julien y la Ginetta.

—No sé—respondió la Ginetta con candor, levantándose el velo.

—Es un tal Carlos de Durtan—dijo Luis indignado.

—¿No es un relojero?—repuso la princesa con tanta naturalidad, que Saint-Julien no pudo saber si era aquella una pregunta de buena fe ó una imprudente chanzoneta.

La princesa se levantó también el velo, se volvió hacia Durtan y le dijo en tono seco é imperioso:

—Caballero, hágase usted á un lado; no se mira así á una señora.

Durtan se puso pálido como la luna, y quedó fascinado sin poder moverse del sitio que ocupaba.

El carruaje partió á galope.

—¡Qué insolentes son esos franceses!—dijo la Ginetta al cabo de pocos momentos.

—¿Por qué?—preguntó la princesa que ya había olvidado aquel incidente.

—Es preciso—dijo Luis entre sí—que ese Durtan sea un estúpido ó un loco rematado.

Pronto le subyugaron la indiferencia y serenidad de la princesa, y parecióle que había soñado la historia de Durtan; entretanto el camino desaparecía bajo los pies de los caballos y la ciudad de Lyon se eclipsó á lo lejos entre el denso polvo del horizonte.